

de la Historia del Arte y la Historia de la Arquitectura, la Construcción, y los tres cursos de dibujo: "cachos", detalles (con modelado) y conjuntos. Con ello, los alumnos adquiríamos un sentido vivo de la Historia, que así venía a ser nuestro verdadero fondo humanístico. Claro que para ello contaba mucho la personalidad de los profesores: don Vicente Lampérez, don Antonio Flórez, don Carlos Gato, don Juan Moya, don Manuel Zabala, y sucediendo a éste, don Teodoro de Anasagasti. También fué decisiva la influencia del sucesor de Lampérez, el gran sabio y gran bohemio don Román Loredó.

Los cursos de proyectos eran, en parte, como una continuación de esa preparación humanística, y a ello contribuía también la personalidad de los grandes profesores de estas materias: don Pedro Muguruzza y don Modesto López Otero, a quien se agregó más tarde don Pascual Bravo.

Esta organización no escrita se derrumbó cuando, poco después de la Liberación, empezó el aumento extraordinario en el número de alumnos y de profesores y la enseñanza se dividió en la práctica, en "asignaturas", cumpliendo así, lamentablemente, los propósitos de la organización escrita de nuestros napoleónicos reglamentos. En efecto, no hubo modo de resolver el nuevo problema más que haciendo cada "asignatura" como un reino independiente, dentro del cual su profesor organizaba la enseñanza como mejor podía. Y entre tanto, y desde el mismo año 1939, se han ido preparando planes de reforma total de la enseñanza, que se anticipaban a los problemas que habían de presentarse, y que, por desgracia, nunca se pudieron poner en vigor. Estos planes abarcaban toda la formación del arquitecto y de sus adjuntos, y se centraban en las clases de proyec-

tos, coordinando no sólo la Historia—en el sentido realista que ahora se propugna en Roma—, sino la Construcción, las Estructuras, las Instalaciones, los Oficios y especialmente el Urbanismo.

Claro que el sistema antiguo presentaba grandes lagunas, precisamente por no estar coordinado. Se estudiaban a fondo ciertos temas históricos, desde su inserción en la Historia social y cultural hasta la copia en color de alguno de sus detalles, pero muchos se estudiaban sólo como Historia, otros sólo como construcción, otros como proporción, otros como de posible uso en proyectos actuales, etc. Finalmente, había asuntos que no se estudiaban en ningún aspecto.

En el momento actual está planteada, como saben los lectores de esta Revista, una reforma completa del plan de estudios que trasciende de lo puramente escolar para entrar en el campo del ejercicio profesional. Para ello será muy interesante conocer lo que se haga en Roma, si bien, a juzgar por lo que escribe Rafael Moneo al principio de su artículo, la reforma italiana rendirá acatamiento a las consignas del izquierdismo internacional, pues considera importante "los desatinos cometidos en Roma bajo el fascismo", olvidando los mucho más graves cometidos antes de Musolini, y los aún peores cometidos después (véanse los números de *Urbanística* 27 y 28-29). Y si, como parece inevitable, se han de seguir ignorando en la nueva enseñanza de la Historia los aciertos del fascismo (el Agro Pontino, por ejemplo), nuestro estudio del nuevo plan de enseñanza de Roma habrá de hacerse con suma cautela, para, en todo caso, restablecer la verdad histórica.

*Luis Moya.*

El artículo de Rafael Moneo, pensionado de la Academia de España en Roma, se refiere, casi exclusivamente, al papel de la Historia en la enseñanza de la Arquitectura, tal como se ha planteado en las reuniones de profesores y alumnos de la Facultad de Arquitectura de Roma (celebradas en noviembre pasado).

El artículo explica una organización de aquello que, de modo intuitivo y hasta desordenado, se hacía ya en muchas Escuelas de Arquitectura. Entre otras, la de Madrid, a principios de siglo, cuando el número de alumnos era pequeño y la enseñanza disponía de muchas horas. Entonces había una simbiosis espontánea entre las enseñanzas de cátedra,